

1.er Clavo de Nuestra Crucifixión Interior:

Deseos Desordenados

Encuentro de AC 2020

Tercera Reflexión

En esta tercera enseñanza sobre el segundo nivel de humildad, nos enfocaremos en **la purificación de nuestros deseos desordenados**. ¿Cómo podemos purificar nuestros deseos?
Respuesta:

Cuando sumergimos nuestra miseria en la misericordia de Cristo y le permitimos crucificar nuestros deseos, somos transformados en Sus mártires del amor divino. Recibimos el poder de incendiar el mundo.

MISERIA — HUMILDAD

Somos miseria, y solo podemos ser transformados por la misericordia de Dios.

Mensaje de nuestro Señor a AC:

Tu miseria es la esencia de quien eres. Cuando vives en la conciencia de tu miseria, entonces tu mirada nunca se aparta de Mí, porque entonces verdaderamente te has dado cuenta de que eres nada y capaz de nada bueno y puro.

La esencia de tu miseria está enraizada en tu ego, tu yo. Es tu ego el que debe morir como el grano de trigo para que Mi vida eche raíces en ti. Llegar a conocer y vivir en tu miseria es el comienzo de tu muerte a ti mismo. Es el comienzo de una nueva vida. Una Vida que comienza a centrarse en Mí y en Mi Voluntad.

La crucifixión de vuestros deseos es difícil y dolorosa pero no imposible para el alma que sumerge su miseria, con confianza, en MI Misericordia. Permitidme que os crucifique para la gloria de Dios y la salvación del mundo.

Esta fuerza de Dios, Sus Mártires Ocultos del Amor Divino, prenderá fuego al mundo con un nuevo Pentecostés que dará paso a Mi Reino Eucarístico con el Reino Inmaculado de Mi Santísima Madre... No temáis, sino sed obedientes a cada Palabra Mía. Id en paz a amaros unos a otros como Yo os amo. –16/10/19

Exponer el mal que tenemos dentro

Nuestros deseos están apegados a la oscuridad en nuestros corazones (7 pecados capitales). Tratamos de ocultar los pecados como la envidia y la soberbia. Para exponerlos, **necesitamos crucificar nuestros deseos**. Esta es la purificación por fuego que debe romper la dureza de nuestro corazón y revelar todo el mal para crear un corazón humilde y contrito.

Dios creó nuestros corazones y mentes para estar llenos de Su presencia: verdad, vida y amor. La caída de Adán y Eva fue como un golpe de estado: nuestra voluntad rebelde se separó de la presencia de Dios y quedó adherida al pecado de soberbia de Satanás. El Señor nos está preguntando: "¿Me permitirás volver?" Para recibirlo, tenemos que renunciar a todo mal. Eso es doloroso porque estamos acostumbrados a vivir en la oscuridad de nuestro control.

1 Juan 2,16

Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos y la vanagloria de la vida, no es del Padre sino del mundo.

Las tres cosas que menciona San Juan representan los siete pecados capitales:

1. Los deseos de la **carne** (glotonería, lujuria, pereza)
2. La lujuria de los **ojos** (avaricia)
3. Vanagloria de la **vida** (soberbia, envidia, ira)

SOBERBIA

Esta definición católica de la soberbia nos ayudará a abrir los ojos a la soberbia dentro de nosotros: “Uno de los siete pecados capitales, la soberbia es una **autoestima o amor propio indebido**, que **busca atención y honor** y **se pone a sí mismo en competencia con Dios**. Es esencialmente un acto o disposición de la voluntad **queriendo ser considerados mejor de lo que realmente somos**.”

Los soberbios no han llegado a reconocer su miseria.

La soberbia se puede expresar de diferentes maneras:

1. Darse crédito por regalos o posesiones como si no hubieran sido recibidos de Dios;
2. Gloriarse en los logros como si no fueran principalmente el resultado de la bondad y la gracia divinas;
3. Minimizar los defectos propios o alegarse cualidades que en realidad no poseemos;
4. Considerarse superior o desdeñar a los demás porque carecen de lo que presumimos tener;
5. Magnificar los defectos de los demás o insistir en ellos. La soberbia, por lo tanto, conduce a juicios y comparaciones.

La soberbia es pecado grave si se lleva hasta el punto de no estar dispuestos a reconocer nuestra dependencia de Dios o si rehusamos someternos a Su voluntad o a la autoridad legal.

Nuestra soberbia nos hace centrarnos en nosotros mismos y pensar que somos independientes e independientes. La humildad es vivir en la verdad de nuestra total dependencia de Dios.

Descubrimos nuestra soberbia oculta si, en nuestras relaciones, estamos atentos a:

1. Nuestra tendencia a juzgar y compararnos o a tener ira cuando otros nos superan en algo.
2. Nuestra irritación cuando alguien ve nuestros defectos y los expone,
3. Cómo nos molesta que alguien sea preferido a nosotros.

Dios puso en nosotros el deseo ser grandes porque somos hijos e hijas de Dios, llamados a compartir Su grandeza. La soberbia desvía nuestra búsqueda de grandeza. Si creyéramos en la grandeza de ser hijos o hijas de Dios, buscaríamos nuestra relación con Él y no la grandeza mundana. Seríamos completamente humildes, ocultos y felices.

DESEOS > EXPECTATIVAS > JUICIOS

Los buenos deseos necesitan ser purificados.

Por ejemplo, yo deseo que mi esposo y mi familia lleguen a conocer el amor de Cristo. Ese es un buen deseo. Dios desea eso también. Pero mi deseo está contaminado por mi ego y no está totalmente motivado por el amor. Tengo mis **EXPECTATIVAS** sobre cómo deben ser y actuar. Si no cumplen con mis expectativas, tiendo a reaccionar de acuerdo con mi corazón herido: hago **JUICIOS**: No pone esfuerzo, no es un buen padre.... Hago comparaciones. Estos juicios vienen de mí, no de Dios, y producen en mi corazón ira, resentimiento, decepción, frustración, irritación y hasta venganza. Por lo tanto, **me distancio** y actúo con un corazón endurecido.

El Señor enseña claramente en Lucas 6, 37: “No juzguéis”. San Pablo a los Corintios dice que el amor: “**no busca su propio interés**”, (1 Cor 13, 5). Sin embargo, seguimos juzgando y buscando nuestro propio interés porque nuestros deseos y expectativas están arraigados en nuestro ego.

Me preguntaron: “¿Qué pasa cuando alguien a quien amas mucho en tu familia tiene un comportamiento, como dureza, que daña las relaciones y no acepta la corrección?”

El Señor nos enseñó a través de *El Camino Sencillo* **a sufrir el dolor puro que nos causan los defectos de otros para que sean una gracia para ellos**. Ese miembro de la familia puede tener una mala tendencia, pero mis deseos y expectativas también son imperfectos. Quiero que se reforme a mi manera y en mi tiempo. Ahí es donde necesito ser purificado. El Señor me ama y es paciente conmigo a pesar de que recaigo en mis imperfecciones. Él quiere que yo ame de la misma manera.

Si quiero ser el instrumento de Dios para traer sanidad y unidad, debo reconocer que **en lo que me he convertido no es lo Dios me creó para ser, sin embargo, Él continúa amándome**. El Señor sufre por quien me he convertido y me sigue amando. De la misma manera, el Señor sufre lo que se han convertido mi esposo o mis hijos, los ama y desea que yo también los ame donde están. El Señor sufre por ellos y quiere que yo sufra por ellos unida a Su sufrimiento con perfecta fe y esperanza de que los transformará a Su tiempo y manera, no a la mía. Cada vez que actúo por mi propia voluntad, empeoro las cosas.

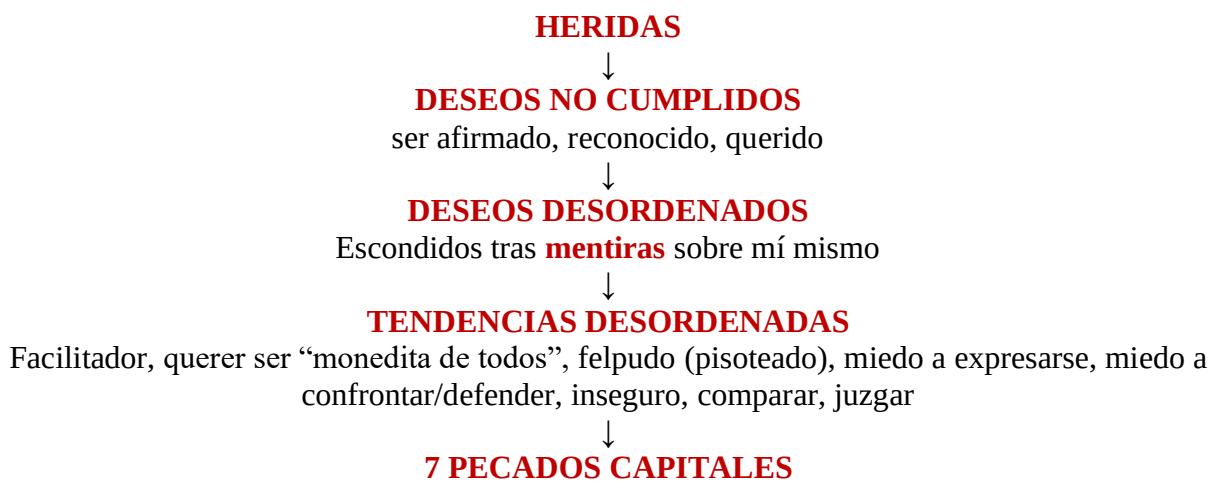
El primer clavo de la crucifixión de nuestros deseos es el comienzo de la muerte de nuestra forma caída de actuar por nosotros mismos, es la muerte de como el hombre viejo piensa, percibe, entiende, ve y oye.

HERIDAS

Dios nos creó para ser protegidos, amados, afirmados, queridos, escuchados y vistos por nuestros padres. Si un niño, incluso en el vientre de su madre, no es amado de esta manera, el niño queda con deseos insatisfechos. **Nuestros deseos no cumplidos se convierten en heridas** que se infectan y producen las **mentiras** que creemos sobre nosotros mismos: “No soy lo suficientemente bueno”, “No soy lo suficientemente inteligente”, “No soy lindo” y “No merezco ser amado”. Estas mentiras se vuelven parte de nuestra personalidad y nuestra psicología.

Cuando crecemos, esos deseos no cumplidos quedan como un vacío en nuestro corazón y se convierten en nuestros deseos desordenados. Por ejemplo, si de niño no fui afirmado, de adulto tengo un deseo desordenado de ser afirmado. **Ese deseo desordenado genera tendencias desordenadas**, como convertirme en facilitador o en querer complacer a todos para que me afirmen y me amen. También podemos convertirnos en felpudos (dejarnos abusar). Otras tendencias desordenadas son los miedos, no ser capaces de expresarnos por temor, la incapacidad de enfrentarnos, defendernos o ejercer autoridad, inseguridades, compararnos y juzgar. **Como resultado, somos vulnerables a los siete pecados capitales.**

A continuación, se muestra un cuadro que comienza con las heridas. Desde el comienzo de *El Camino Sencillo* (capítulos 2-3), el Señor nos llevó a conocer nuestras heridas porque de otra manera es imposible profundizar en nuestros corazones.



Soberbia

Retomemos el ejemplo de no haber sido afirmados. ¿Cómo puede eso conducir a la soberbia?

Examina la definición de soberbia:

1. “Busca atención y honor y se pone a sí mismo en competencia con Dios.”
2. “Desear ser considerado mejor de lo que realmente es una persona”.
3. “Gloriarse en los logros”.

El vacío de afirmación como niño puede causar la herida de buscar inconscientemente la

afirmación como adulto de una manera egocéntrica. Tal persona no está enfocada en amar a Dios.

Envidia

“El envidioso resiente el trato, que percibe como preferencial, recibido por sus compañeros”.

Si en lo profundo de mi corazón estoy buscando ser afirmado y alguien en mi familia o en mi comunidad es afirmado mientras que yo no lo estoy, fácilmente puedo caer en la envidia. Por ejemplo, alguien en la comunidad fue reconocido y yo no, o alguien recibió un favor y yo no. Podemos sentirnos molestos, lo cual es envidia. **Debemos estar atentos a nuestro corazón y a las situaciones que desencadenan estas emociones.**

Todo el mundo se siente tentado por la envidia hasta cierto punto, pero pocos están dispuestos a reconocerlo. **Cuando reconocemos nuestras heridas y los pecados que las infectan y los traemos a la luz de nuestra conciencia, ¡experimentamos sanidad, liberación y libertad! Esta es la crucifixión de nuestros deseos, la muerte de nuestro ego, el grano de trigo que debe morir.**

Testimonio personal:

Mi esposo me dio autoconocimiento cuando me dijo: “Estabas buscando ser aclamada”. Al principio, sus palabras me parecieron duras. Ese es el aguijón inicial de autoconocimiento, pero a medida que lo llevé a la oración y lo procesé con la ayuda del Espíritu Santo, descubrí que tenía razón.

Mi deseo desordenado: Ser aclamada y reconocida. La raíz de esto son mis heridas.

Mi herida: nunca fui aclamada mientras crecía. Nunca fui elogiada públicamente ni recibí ningún premio o reconocimiento. Tampoco fui afirmada o elogiada por mis padres. En cambio, a menudo me criticaban por ser callada, “antisocial” y “dormilona”. Fui invisible y olvidada.

Mis deseos no cumplidos de niña y adolescente se convirtieron en **mis deseos desordenados** de adulta. Estos deseos desordenados fueron encubiertos con **mentiras** que había creído sobre mí misma. Alimentaba mi soberbia queriendo llevarme la gloria por mis buenos logros y éxitos en lugar de darle TODA LA GLORIA A DIOS.

Estos deseos desordenados también pueden hacerme **envidiar** a las personas que reciben reconocimiento. He aprendido que esta envidia es muy sutil, se mantiene bien escondida e incluso se encubre en mi corazón como piedad.

Actuamos como si fuéramos Dios

Cuando estamos centrados en nosotros mismos, en nuestros deseos desordenados, cuando buscamos honores, conscientes o no, nos hacemos dioses.

Romanos 1, 21-25:

En efecto, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron ni le dieron gracias como corresponde. Por el contrario, se extraviaron en vanos razonamientos y su mente insensata quedó en la oscuridad. Haciendo alarde de sabios se convirtieron en necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por imágenes que representan a hombres corruptibles, aves, cuadrúpedos y reptiles.

Por eso, dejándolos abandonados a los deseos de su corazón, Dios los entregó a una impureza que deshonraba sus propios cuerpos, ya que han sustituido la verdad de Dios por la mentira, adorando y sirviendo a las criaturas en lugar del Creador, que es bendito eternamente. Amén.

Dios quiere purificarnos para que Su luz pueda penetrar esta oscuridad.

Esto solo sucederá si abrimos nuestro corazón y oramos al Espíritu Santo para recibir **auto-conocimiento** y ver nuestros deseos desordenados, la soberbia y la envidia.

Ver mi deseo de ser aclamado es conocer mi miseria, mi mente oscurecida y mi corazón impuro. **La mentira en que viví: que no merezco ser aclamado, alimentó mi desordenado deseo de ser aclamado.**

Sin embargo, olvido que mi Señor no es aclamado. Él, que es Dios, vino al mundo como Siervo sufriente del Padre (Is 53), despreciado y rechazado por los hombres (Is 53, 3). A Él, que es Dios, plenamente presente en la Eucaristía, no lo glorificamos. Es olvidado, ignorado, rechazado, abandonado, traicionado...

Mi miseria es que busco glorificarme (buscar alabanza y honor) a mí mismo cuando fui creado para glorificar a Dios. Mientras crea las mentiras que Satanás ha sembrado en mi corazón herido, mis deseos permanecen desordenados, enfocados en mí, sea o no consciente de ello. **El mayor DON DE LA MISERICORDIA es que veamos esta realidad —nuestra miseria—** porque entonces y solo entonces podemos comenzar a vivir de acuerdo con los deseos de Dios y para Su gloria.

San Pablo advierte como nos alejamos de Dios: no le honramos ni le agradecemos, aunque le conocemos. Podemos saber que Jesús está presente en la Eucaristía pero preferimos otras cosas y elegimos no ir ante Él para adorarlo y honrarlo.

Muchos de nosotros vamos diariamente ante el Santísimo Sacramento para honrarlo y amarlo, sin embargo, el Señor quiere más. Con ternura Él nos muestra que, inconscientemente, aun **buscamos honor para nosotros mismos, y al hacerlo, lo deshonramos a Él.** Dios quiere purificados para que podamos honrarle con mentes y corazones transformados.

DIOS CRUCIFICA MI DESEO DE SER ACLAMADO AL BENDECIRME CON CRÍTICAS

Para crucificar nuestros deseos desordenados, primero necesitamos verlos. Esta es la misericordia de Dios. Entonces oramos para que se nos concedan los deseos que más agradan y glorifican a Dios.

Hijita Mía, la mirada de Mi misericordia es una espada de dos filos que atraviesa la oscuridad del pecado en cada corazón humano. La mirada de la misericordia es el amor penetrante del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Revela todo lo oculto que debe salir a la luz de vuestra conciencia. Así es como se purifica un alma. 29/11/19

La misericordia de Dios es una espada de doble filo que penetra nuestros corazones sacando a la luz todas nuestras tinieblas para que podamos ser purificados. Dios nos sana como un médico que se apiada de un paciente al realizar una dolorosa cirugía necesaria para la

curación.

Envidia

Si vivimos por el Espíritu, dejémonos guiar también por el Espíritu. No nos envanezcamos, compitiendo unos contra otros, envidiándonos unos a otros. –Gálatas 5, 25-26

Porque sabía (Pilato) que por envidia le habían entregado. -Monte. 27, 18

Catholic Online escribe sobre la envidia:

La envidia es el más triste de los Siete Pecados Capitales, y tratar de llegar a su fondo es como luchar con una sombra. El glotón disfruta de su dulce, al menos por un momento, pero el envidioso parece derivar de su pecado secreto solo un persistente sentido de comparación, competencia e injusticia. En el mejor de los casos, la envidia sigue siendo un estanque oculto de **ingratitude y resentimiento, que aplaude en secreto la caída y el dolor de los demás.**

El envidioso se resiente del trato preferencial que percibe reciben sus compañeros. Las preguntas se acumulan en su mente, como: "¿Por qué soy menos popular cuando soy tan atractivo?" "¿Por qué la gente no busca mi consejo?" "¿Por qué me despidieron o me pasaron por alto para un ascenso, cuando soy un trabajador más productivo?" "¿Por qué gano menos por mi trabajo cuando soy igual de creativo e inteligente?"

En el peor de los casos, **la envidia golpea a otros a través de la calumnia o el chisme o trata de hacerlos fracasar. La envidia trae tensión y conflicto a las familias, las escuelas, las oficinas, las parroquias y la sociedad. En última instancia, la envidia enfrenta a la persona contra la voluntad de Dios para su vida.**

La envidia no solo genera comparaciones, sino que es profundamente competitiva. Caín, por ejemplo, envidió a su hermano Abel. Debido a que eran hermanos y, en su mente, iguales solicitantes del favor de Dios, Caín supuso que Dios trataría sus ofrendas de la misma manera. Sin embargo, no pudo distinguir entre la ofrenda de su hermano de sus mejores frutos y su propia ofrenda. Cegado por la envidia, perdió la oportunidad de sacar lo mejor de sí mismo y en su lugar mató a su competidor, su hermano (Gen 4).

La definición de envidia:

Conciencia dolorosa o resentida de una ventaja disfrutada por otro, unida al deseo de poseer la misma ventaja.

El hermano mayor en la historia del hijo pródigo es un ejemplo de envidia. Pensó: "He estado trabajando duro. Tengo méritos. ¿Por qué le dan atención a mi hermano menor? Su corazón estaba envenenado por la envidia, por lo que no podía ver la bienaventuranza que disfrutaba en su relación con su padre.

Catecismo de la Iglesia Católica sobre la envidia:

2538. El décimo mandamiento exige que la envidia sea desterrada del corazón

humano. Nos peleamos y la envidia nos arma unos contra otros (San Juan Crisóstomo)

2539. La envidia es pecado capital. Se refiere a la tristeza ante la vista de los bienes ajenos y el deseo desmedido de adquirirlos para uno mismo, incluso injustamente.

2540. ¿Te gustaría ver a Dios glorificado por ti? Entonces regocíjate en el progreso de tu hermano, e inmediatamente darás gloria a Dios. Porque su siervo pudo vencer la envidia regocijándose en los méritos de los demás, Dios será alabado. (San Juan Crisóstomo)

San Juan Crisóstomo enseña una forma de vencer la envidia: Practicar la **solidaridad**. Apliquémoslo a un juego de béisbol. Si alguien en tu equipo conecta un jonrón, te regocijas porque beneficia a todo el equipo.

Otra práctica para vencer la envidia y crecer en el **segundo nivel de humildad es orar y agradecer a Dios por la persona que envidias**. Aquí hay un ejemplo:

Gracias, Dios, que esta persona fue reconocida, notada y preferida y que me permitiste estar escondido, invisible e inadvertido. Gracias por la oportunidad de acompañarte y consolarte a Ti, que estás escondido, desapercibido y olvidado en la Eucaristía. Mi Señor, te doy mi miseria, mi deseo de ser aclamado. Lo coloco en el océano de Tu Misericordia para que lo crucifiques. Concédeme el deseo de ser criticado, ignorado, olvidado... porque tú no eres aclamado sino criticado, ignorado y olvidado por muchos.

Esta oración se inspira en la letanía de la humildad. **La primera parte de la Letanía es el primer nivel de humildad, y la segunda parte es el segundo nivel de humildad.**

LETANÍAS DE LA HUMILDAD

Rafael Cardenal Merry del Val (1865-1930)

Ver *El Camino Sencillo* p. 451

Jesús manso y humilde de Corazón, ... Óyeme.

Del deseo de ser lisonjeado (o estimado)

—Líbrame Jesús (*se repite*)

Del deseo de ser alabado,

Del deseo de ser honrado,

Del deseo de ser aplaudido,

Del deseo de ser preferido a otros,

Del deseo de ser consultado,

Del deseo de ser aceptado,

Del temor de ser humillado,

Del temor de ser despreciado,

Del temor de ser reprendido,

Del temor de ser calumniado,

Del temor de ser olvidado,

Del temor de ser puesto en ridículo,

Del temor de ser injuriado,

Del temor de ser juzgado con malicia,

Que otros sean más estimados que yo,
—Jesús, dame la gracia de desearlo (*se repite*)
Que otros crezcan en la opinión del mundo y yo me eclipse,
Que otros sean alabados y de mí no se haga caso,
Que otros sean empleados en cargos y a mí se me juzgue inútil,
Que otros sean preferidos a mí en todo,
Que los demás sean más santos que yo con tal de que yo sea todo lo santo que pueda,
ORACIÓN

Oh, Jesús que, siendo Dios, te humillaste hasta la muerte, y muerte de Cruz, para ser ejemplo perenne que confunda nuestra soberbia y amor propio. Concédenos la gracia de aprender y practicar tu ejemplo, para que humillándonos como corresponde a nuestra miseria aquí en la tierra, podamos ser ensalzados hasta gozar eternamente de ti en el cielo. Amén.

Para reflexión:

1. ¿Cuáles son mis deseos más profundos que no se cumplieron cuando era niño o adolescente?
2. ¿Cómo busco que estos deseos sean satisfechos ahora como adulto?
3. Regresa a la definición de soberbia y basándose en ella examina los deseos de tu corazón.
4. Cuando veas tus deseos desordenados, ora también para ver cualquier envidia oculta y llevarla al arrepentimiento.